Corpus

Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol. 10, Nº. 2 | 2020

Julio / Diciembre 2020

Intervenciones – Segunda ronda

**Mario Rufer, Valeria Añón, María Gabriela Lugones, Jimena Rodríguez,
Frida Gorbach, Zeb Tortorici and María Cecilia Díaz**

Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/4273>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.4273

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Mario Rufer, Valeria Añón, María Gabriela Lugones, Jimena Rodríguez, Frida Gorbach, Zeb Tortorici y María Cecilia Díaz, « Intervenciones – Segunda ronda », *Corpus* [En línea], Vol. 10, Nº. 2 | 2020, Publicado el 24 diciembre 2020, consultado el 29 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/4273> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.4273>

This text was automatically generated on 29 December 2020.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Intervenciones – Segunda ronda

Mario Rufer, Valeria Añón, María Gabriela Lugones, Jimena Rodríguez,
Frida Gorbach, Zeb Tortorici and María Cecilia Díaz

Comentario de Mario Rufer

De las respuestas al disparador primero, encuentro, en las múltiples direcciones tomadas por los autores, tres núcleos definidos.

1 - En primer lugar estaría la relación epistemológica que el archivo desata o convoca: entre el resto y la desaparición, como enuncia Frida Gorbach, ¿qué preguntas nos competen?, o entre la constitución “tramposa” del archivo como límite de la dimensión enunciativa, como nos plantea Valeria Añón, ¿cómo conversar entre saberes? La literatura postula la relación entre archivo y canon porque “se sabe” trabajando en los límites de un sistema (lo que en la *Arqueología del Saber* Foucault [2010 (1976)] llamaba “los límites del sistema de enunciabilidad” que marca el archivo). La historia, en cambio, busca en el archivo aquello que respalda su postulado ya quebrado de antemano, como diría De Certeau (2006): como la historia no puede trabajar el tiempo, trabaja “sobre aquello que está en el tiempo”. Y allí Gorbach nos recuerda los límites de lo que permanece: ¿como qué cosa permanece, como emanación o resultado de qué? Si el archivo es expresión de un habitus de estatalidad, de su secrecía y su censura, así como de su cronofagia al decir de Valeria, ¿qué imaginación necesitamos para escribir desde todos esos reparos?

La etnografía instala otras aristas. Cecilia Díaz nos invita a pensar desde las prácticas de archivación militante y es interesante preguntarnos con ella: ¿cómo se constituye el archivero en sus prácticas? ¿Qué tipo de agencia interviene, silenciosa pero poderosa, en esos espacios? Podríamos decir también que, en la proliferación de folders y carpetas, la archivación militante no es “ajena” a los procedimientos que constituyen al Estado. Y como para él, el archivo puede ser posesión y amenaza, secreto y peligro. ¿De qué modo los archivos que dan cuenta de prácticas subalternas o resistentes también las exponen, en su doble acepción de explicar y de denunciar en sentido foucaultiano, cuando la persistencia a la sombra de los poderes establecidos es una clave para la

continuidad de organizaciones militantes y prácticas no instituidas? ¿Cómo pensar aquí la responsabilidad con el archivo?

El secreto, lo silenciado y el silencio aparecen como formas inescapables a la constitución de los archivos y a su habitus, que todos ustedes rescataron. No hay que pelear con lo silenciado, parece decirnos Trouillot (1995); hay que rodearlo, cercarlo con imaginaciones poderosas de conexiones inexactas y de imágenes rizomáticas: solo así se combate al poder sobre lo conocido. Si Frida Gorbach nos habla de un “deseo de posesión” del historiador que se enfrenta a la pulsión retentiva (y a veces desaparecedora) del archivero, María Lugones pone énfasis en otro registro: prácticas artísticas y etnografías visuales que no solo interpelan desde su materialidad a la noción de archivo/repositorio y su autoridad, sino que convocan otras maneras de lidiar con el tiempo (rizomáticas), con los cuerpos (que suelen ser evanescentes al registro), con los afectos (que evaden la domiciliación). Zeb Tortorici también postula la necesidad de atender a las afecciones en el trabajo archivístico: ¿qué pasa con lo visceral en el archivero, en el registro y sobre todo en el/la investigadorx?

2- En segundo lugar, asoma la predilección material como referente de análisis. Jimena Rodríguez llama la atención sobre el acto de archivar y la situación “límite” del entierro, que es recurrente. Los viajeros huyen (del enemigo, del hambre), los indígenas escapan del yugo conquistador (de los adelantados o de los ejércitos nacionales, da igual). Viajeros e indios entierran. Sus archivos, sus cartas. ¿Qué se cifra en ese acto? El género epistolar, marca fundante del acto ético del lenguaje en tanto que está *donado* a otro, es enterrado en los confines del mundo: aparentemente, la contradicción misma. También miles de libros han sido enterrados en jardines, patios de casas y pozos privados durante las dictaduras latinoamericanas del pasado reciente. Cartas, documentos periciales, colecciones enteras. Material delator que refuerza la noción de que “hablar es peligroso” (Foucault, 1992 [1970]) y que, sin embargo, se deposita en él algo parecido a una espera (o una esperanza). No se destruye, se entierra: ¿para ser encontrado?, ¿por quiénes?, ¿por un tercero por venir? En todo caso, ¿cómo escribir sobre esa relación entre entierro, lógica de la guerra o de la disputa y apertura al futuro?

Cuando hacía trabajo de campo sobre museos comunitarios en México, “no poder archivar” —porque podían exhibir sus piezas pero no conservar documentación— aparecía a veces como nostalgia, pero también como sospecha. Recuerdo un episodio en Zóquite, Zacatecas, cuando el cuidador del museo comunitario me explicó que, enterrado en las inmediaciones, había un mamut, pero que el Instituto Nacional de Antropología e Historia se negaba a excavar y que “taparon todo”, porque “*quién sabe lo que se encuentran si siguen desenterrando...*”. Escarbar-excavar entre archivo y reliquia. Lo enterrado parece funcionar como promesa (de salir a la luz), como resguardo (en tanto secreto original de las comunidades que no deberá develarse), como sospecha (de lo que el Estado sabe pero oculta) y nuevamente como secreto. “El entierro del archivero” nos asesta Zeb Tortorici: el silencio y lo silenciado no solo tienen que ver con lo ominoso de aquello que es hecho fracasar en el dominio del enunciado, aquello a lo que se niega la aparición en la superficie del documento, sino también lo que ha sido tachado, impugnado y que sin embargo “aún se percibe” en la arqueología brumosa del repositorio. Tortorici recuerda la potencia del azar en la búsqueda y pondera la actitud de “no creerle” a la taxonomía engañosa de los nuevos tiempos, que al archivar ocultan con nomenclaturas nuevas, por prejuicios morales o por llano anacronismo, las

prácticas específicas del pasado. ¿Qué se cierne en este otro tipo de entierro/escarbe/desentierro?

Las interpelaciones del archivo a nuestras maneras de hacer investigación —y viceversa, de nuestros hábitos al archivo— son el tercer eje que materialidad, sensibilidad y teoría comparten en las distintas intervenciones de ustedes. María Gabriela Lugones enfatiza la co-constitución de acervos y especialistas y expone la necesidad de reconocer la “co-producción de documentos y archivos”. También Díaz llama la atención sobre la orientación de la investigación como modelaciones/modulaciones de los archivos (el universo de la comunicación digital impone, en efecto, nuevos desafíos sobre destrucción, pérdida, borramiento). Zeb Tortorici se pregunta sobre el rol de “lo visceral en la conformación de los archivos” y en la propia anulación de ciertas formas de subjetivación que son consecuencia del acto de catalogar, taxonomizar, nombrar y silenciar. Añón habla de la trampa de la proliferación y nos convoca a pensar cómo el archivo subsume conceptos como canon, corpus, biblioteca y colección, que son conceptos orientadores de poderosas prácticas distintivas en nuestra relación con el saber. Jimena Rodríguez nos alerta sobre la sensibilidad necesaria para escribir sobre lo que el archivo tiene de límite: a veces efímero, otras contradictorio, las más, paradójico. Frida Gorbach nos interpela sobre el trabajo situado con los fantasmas y los espectros y se pregunta si son éstos una expresión de la especificidad histórica, del “estado de código” de los archivos latinoamericanos (entre grisáceos, laberínticos, maltratados, cenizos y gobernados por códigos rituales y restrictivos de acceso).

¿No tendríamos que incorporar aquí también algunos interrogantes sobre el gobierno de los saberes en las geopolíticas del conocimiento? ¿Cuántas veces hemos escuchado frases como “el mejor archivo sobre Latinoamérica está en la Universidad de Texas-Austin”, o “qué pena lo que sucedió con el archivo del Museu Nacional de Río; no habría pasado si el archivo estuviera en Francia”? No interesa tanto la veracidad o no de estas aseveraciones supuestas, sino pensar qué articulan y qué habilitan. ¿Qué relación persistente —aun imaginaria— existe en espacios pos(neo)coloniales entre arkhé y guerra, entre archivo y dominio, entre escritura y soberanía, entre archivo e imperio?

Comentario de Valeria Añón

1. *El archivo y el fuego*: al pensar el archivo en su materialidad, evoco imágenes de destrucción, como el incendio irreparable del Museo Nacional de Río de Janeiro en 2018, al que alude Mario en su primera intervención, o los papeles rotos, mojados, quemados que un Hernán Cortés *archivista* pierde durante la llamada “Noche Triste”, hace 500 años. El hilo conductor no es solo la pérdida, sino también el lamento y el riesgo: las imágenes de los investigadores en Brasil, atravesando el fuego con sus papeles, especímenes, cajas, en un gesto de desesperación y de esperanza que pone en juego el propio cuerpo, y que remite a la corporalidad arriesgada en la batalla a la que refiere Hernán Cortés en su *Segunda carta*, cuando recuerda que, junto a sus papeles, perdió “dos dedos de la mano izquierda”. Lo que se apuesta cuando se organiza un archivo queda en evidencia cuando nos enfrentamos a la pérdida. Estas escenas remiten a varias dimensiones: la pregunta por los procesos de constitución de archivos y nuestro rol como investigadores en él (María Lugones); el interrogante acerca de lo que desaparece del archivo o de los archivos desaparecidos (María Cecilia Díaz); la desaparición casi como un destino (no otra cosa es la rocambolesca historia de los

especímenes de la colección teratológica del Museo Nacional de México que relata Frida Gorbach). Son preguntas, en verdad, acerca de la responsabilidad y de la ética. El archivo del conquistador, del investigador, y la violencia simbólica que el proceso de ordenamiento, “las convenciones del archivo” (Zeb Tortorici), implican. Esta violencia simbólica es, al menos en el archivo americano, una violencia colonial, porque las clasificaciones y convenciones también replican un ordenamiento jerarquizado, racializado; un tipo de acceso a los materiales; una posición del investigador que no hay vigilancia epistemológica que parezca poder conjurar.

2. *El archivo y los afectos*: en sus intervenciones, Zeb y Jimena remiten a una dimensión fundamental de la experiencia del archivo: la afectiva. Por un lado, el archivo colonial como “archivo de sentimientos” (Arellano), específicos, particulares. En efecto: muchas veces olvidamos que el archivo colonial americano es un archivo bélico, definido por la violencia, las retóricas de la guerra, la conquista y la resistencia. En América, decir la violencia es decir las pasiones, de allí que en el archivo colonial persistan, inscriptas, las “estrategias del fuerte” y las “tácticas del débil” (De Certeau), que nuestro trabajo como críticos busca desentrañar. Ahora bien, ¿cuáles son los riesgos de desmontar estas formas del decir, en particular las formas del desvío (De Certeau), las “tretas del débil” (Ludmer)? ¿Cuáles son los riesgos éticos de exhibirlas, de llamar la atención sobre ellas? Así, la dimensión de los afectos también conlleva un gesto autorreflexivo: la impresión del archivo, el deseo, la fascinación y la repulsión a las que alude Zeb en su encuentro con los papeles de un caso de “profanación de cadáver”, a principios del siglo XIX, nos recuerdan que el archivo es un tipo de experiencia sensible, en términos de sentimientos y de sensibilidad, como ya señaló Arlette Farge en sus referencias a los archivos judiciales franceses. Sin querer extremar los usos metafóricos de la noción de archivo, sí me interesa señalar que el cuerpo y, en especial, los “sentidos olvidados” (Maurette) del tacto y el olfato se ponen en escena en el trabajo con el archivo y constituyen una memoria sensible que perdura incluso mucho más allá de concluido el trabajo. Hay algo del orden de la aventura, del descubrimiento en esta tarea, que la vuelve tan atractiva: el archivo también es una o muchas de esas botellas enterradas a las que hace referencia Jimena, discurso que apuesta al futuro. Esta potencia emocional del trabajo con el archivo tiene su correlato en el archivo mismo como repertorio de afectos: no otra cosa son las impresiones y testimonios que recupera Zeb y que podemos leer a lo largo de cada una de las páginas del archivo colonial. Esto es así porque este archivo tiene un *ethos* polémico y un objetivo afectivo crucial (mover, conmover, persuadir) al lector/ receptor/oyente, que operó performativamente en su contexto de producción y que perdura más allá del mismo. Esta dimensión me interesa particularmente porque creo que aquí es donde puede tener más sentido la crítica literaria. Si la temporalidad de la historia es diversa de la temporalidad de la literatura, podemos pensar el archivo con las herramientas de esta última: el archivo como una suerte de maquinaria narrativa que se pone en marcha con formas específicas (las figuras, los tropos, los *topoi*) y que funciona más allá del locus de enunciación. En esa temporalidad dislocada, extendida, difusa del archivo radica la persistencia del efecto y la afectación que puede producir en el investigador.

3. *El archivo y el espacio*: otra dimensión que subyace en todas las intervenciones es la domiciliación y la materialidad del archivo. Dónde, cómo, quién produce esos lugares, quién los gestiona, cómo el espacio mismo modela el archivo y modeliza sus usos, entre la secrecía y la figura del cancerbero. El archivo dice, guarda, expone; pero también, en su proliferación, oculta silencios y secretos. La contracara de la pulsión de

exhaustividad de todo archivo es el hiato de lo que se pierde, pero cuya pérdida queda oculta tras la ingente masa de documentos, papeles, objetos, en especial en el archivo colonial. A esta hipérbole de archivo parecen remitir las asociaciones entre archivo y distancia a las que hacía referencia Mario: el archivo medido en kilómetros, en superficies, en ciudades. Este tipo de medición produce una idea de extensión y de inconmensurabilidad, pero también configura cierto espacio ucrónico: el archivo que habría sido posible si no hubiera existido la pérdida (los archivos del Apartheid en el ejemplo de Mario). ¿Por qué la recurrencia de las metáforas espaciales? ¿Qué nos dice el espacio sobre el archivo? Conjeturo que no se trata solo de un problema de domiciliación, sino de las resonancias coloniales en el archivo. Me explico: desde el siglo XVI América ha sido pensada como espacio de lo deseado, de lo inventado, del futuro y del pasado a un tiempo. En este sentido, el archivo replica las concepciones de lo americano como invención (O’Gorman), que remiten a una colonialidad que no ha cesado de suceder (Rufer y Añón). Las marcas de lo colonial en el archivo también son las formas en que este es concebido, administrado y conceptualizado; las metáforas espaciales para pensarlo; los estereotipos con los cuales juzgamos archivos y archivistas americanos, la geopolítica del archivo de la que hablaba Mario, que contrapone la supuesta eficacia de los archivos metropolitanos versus la mentada desidia de nuestras instituciones.

4. Por último, *el archivo y la crisis*. Cuando comenzamos este dossier, la pandemia no existía. Ahora, cuando lo cerramos, todo lo cubre. Lo inimaginable está aquí y nos habita. Pone en escena, también, las contradicciones del archivo. Por un lado, la correlación entre pandemia e inmovilidad: más de medio planeta en cuarentena (única forma de conjurar el virus por ahora), la otra mitad, entrando y saliendo de manera intermitente, vuelven aún más evidente la geopolítica de los archivos. Hoy, aquí, los archivos son inaccesibles (más allá de la dudosa accesibilidad de la virtualidad). La experiencia del archivo es inaccesible. Se erige, entonces, una cierta nostalgia del archivo, pero también acudimos a retazos de archivo: fragmentos personales, fotos, apuntes, memorias de cuando el mundo era otro. Al mismo tiempo, la pandemia parece haber traído consigo una pulsión por producir archivo: documentar esta instancia; escribir diarios, entradas, apuntes, impresiones; inscribir vivencias. Volvemos así a la tensión de la temporalidad múltiple del archivo: se producen materiales variados que circulan en buena medida en el espacio virtual, como apuesta al futuro pospandemia; se acude a los archivos de la peste medieval y colonial para buscar respuestas. Parece que estamos ante una suerte de optimismo de archivo: un exorcismo contra la extinción.

Comentario de María Gabriela Lugones

Vuelvo a la conversación después de meses marcados por una cuarentena que también signa esta intervención.

Será sin hilván, como los diálogos por Whatsapp o Zoom, donde hablamos alternativamente entre instantes en que se “cae la conexión”, otros en que se entrecortan las palabras o se “congelan” nuestros interlocutores. Y va envuelta en *saudades* de los archivos que no podemos tocar en estos tiempos de pandemia. Caetano Veloso canta que, a los libros, esos objetos trascendentes, los amamos con el amor táctil que prodigamos a los mazos de cigarrillos; sentimos algo de eso por los documentos, los expedientes, los legajos, los autos...

Gracias a Frida con sus señalamientos sobre la noción de “resto” y a Jimena con su relato de los entierros de documentación, pienso en los restos que archivamos, a semejanza de los restos que enterramos en las necrópolis. En los archivos —esas burópolis— resguardamos reliquias, vestigios, que visitamos y sacralizamos.

¿Cómo desfamiliarizarnos de nuestros apegos, tanto a lo que se sospecha que el archivo contiene, posee, oculta, como a lo no encontrado, a lo que fue quemado, a lo que no ha sido guardado?

Arlette Farge (1989) nos cautivó y atrajo hacia archivos judiciales, con sus maravillas y sus riesgos; puntualizó sus experiencias sobre cómo entrar, moverse y permanecer en tales repositorios. Mario y Valeria, en la primera ronda, recuerdan trampas de los archivos y advierten que podemos quedar cautivados. Voy a convocar ahora otros conjuros, contra los archivos y sus poderes ¿sobrenaturales?

Procurar un ejercicio, que sigue a otro que Michael Taussig (1995) califica como de “shock” y que vincula a tácticas dadaístas. Me refiero al experimento que el antropólogo retoma de Phillip Abrams (1988), en sus Notas sobre la dificultad de estudiar el Estado, de reemplazar la palabra *Dios* por la palabra *Estado* y que todo conserve su sentido.

¿Continúa el maleficio conceptualizado por Taussig (1995) como Fetichismo del Estado si en lugar de *Estado* colocamos el término *Archivo*? ¿Será que, con esa noción de fetichismo, podremos invocar otra atracción sagrada y erótica, otra fascinación que incluye también el disgusto y la repulsa, que vivenciamos respecto de los archivos? (p. 144). Cito: “Porque, precisamente a lo que apunta la noción de fetichismo del estado (léase del archivo) es a la existencia y realidad del *poder político* de esta *ficción*, su poderosa insustancialidad” (p. 146).

Estamos aquí justamente intentando contornar tal eficacia, como tantas y tantos que antes lo han intentado y por tales esfuerzos los hemos mentado. Si confesamos cuánto estamos bajo sus poderes, secretos, misterios, difíciles de conocer —y de dar a conocer—, quizás podamos reconocer cuánto adoramos y rendimos culto a los archivos. Para desnaturalizarlos, mínimamente.

PS: acerca del incendio del Museu Nacional, que menciona Mario, nada puedo decir. Todavía.

Comentario de Jimena Rodríguez

Quisiera retomar la idea de escribir sobre lo que “el archivo tiene de límite” y de paradoja. Justamente el entierro, aunque también podría ser el encierro, está ligado —como decía Mario— a una *promesa*, la más de las veces vaga y desesperada, pero promesa al fin. Encerrar, proteger o enterrar como un gesto de esperanza, con la ilusión de que alguien lo encuentre... Se viene a mi mente el aciago 14 de febrero en el *Diario de abordo*, en donde, pensando perderse él y la información que traía, Colón la escribió y la lanzó al océano en un acto de desesperación y en un gran barril de madera rogando que quien lo encontrara “se lo llevase a los Reyes”. Colón sobrevivió a la tormenta y pudo comunicar él mismo la información, pero su pequeño “archivo” encerrado en un barril y lanzado al océano se ha perdido para siempre... ¿Cómo contar la historia de un archivo desaparecido?, se preguntaba Frida, y cómo lidiar con los fantasmas y espectros del pasado sin recubrirlos de discursos. Enrique Dussel advertía,

justamente, que América fue un continente *encubierto* por los discursos, un continente convertido en posesión por la escritura en sus diversas formas. En este sentido, quizás, no se trataría tanto de no-recubrir el archivo con discursos, sino de no-identificar nuestros discursos con la modernidad colonial; es decir, quizás solo aspirar a no repetir, no reiterar o re-escribir la violencia discursiva de lo hallado (desenterrado). José Rabasa (2000) habla justamente del *deber* crítico de examinar los engaños y los silenciamientos para empezar a pensar de nuevo “el legado colonial que determina nuestro discurso” (p. 35) y Carlos Jáuregui (2020) incita a mantenerse “asediando” y “conjurando” los espectros de la violencia colonial en los archivos (p. 33).

El barril de Colón lanzado al océano es el caso de un “archivo perdido”; pero podría decirse lo mismo de los “archivos hallados”. Los colegas hacían mención a la “potencia del azar”, ¿qué se cierne en este otro tipo de escarbe/desentierro? Y se vienen a mi mente algunos ejemplos notorios. En la primera ronda mencionaba la historia de Pedro Álvarez Cabral, quien en su expedición de 1500 llega a lo que inicialmente pensó era una gran isla, hoy Brasil, y toma posesión en nombre de la Corona portuguesa, solo para continuar su viaje hacia la India. Ya en las costas sudafricanas, dejó un mensaje con la información del descubrimiento enterrado bajo un árbol. ¿Qué pasó? La “potencia del azar”: el mensaje fue descubierto dos meses después por el capitán João da Nova, quien comandaba la tercera expedición portuguesa a la India. Patricia Seed me pasó la información de que el sitio se conoce hoy con el nombre de *Post Office Treey*, y es popular y muy visitado por el turismo. Pero este no es el único ejemplo. En 1540, Hernando de Alarcón navega la totalidad del mar de Cortés, llegando a su extremo más septentrional y comprobando que la California era una península y no una isla, como se pensaba. Alarcón buscaba la expedición terrestre de Coronado porque le llevaba provisiones, por eso remonta el río Colorado desde su desembocadura en el mar de Cortés con embarcaciones más pequeñas. Sin encontrar a Coronado, Alarcón decide regresar, pero no sin antes dejar enterrada una noticia que considera importante: “la California no reaísla sino que es punto de tierra firme”, es decir, ¡California no es una isla! Lo sorprendente es que uno de los capitanes de avanzada de la expedición de Coronado encuentra las cartas enterradas tiempo después. Nuevamente, la “potencia del azar”. La *Relación de la Jornada de Cíbola*, escrita por el padre Pedro Castañeda de Nájera, narra el hallazgo de las cartas enterradas, escarbadas y encontradas a los pies de un árbol cerca del río (Rodríguez, 2019, p. 74). Y quiero aclarar, el hallazgo es solo el de las cartas enterradas, porque California siguió siendo *isla* por mucho tiempo más, dando lugar a que las especulaciones continúen por largos años.

¿Qué se cierne en el entierro/escarbe/desentierro?, ¿qué se cierne cuando la “potencia del azar” interviene? Solo me atrevería a decir que se forman los relatos. Del halo portentoso del azar devienen solo nuevas escrituras. Y hay que estar atentos, como sugería Zeb, porque la posibilidad de realizar nuevas formas de visibilidad histórica y archivística (hallar, desenterrar, archivar etc.) conlleva nuevas formas de ausencia y de secrecía. Quizás a lo único a lo que podamos aspirar, entonces, es a dar cuenta conscientemente, y en un mismo gesto, de esa paradoja. Admitir que no hay más remedio que cubrir los archivos de discursos y mantenernos, cuando menos, asediando nuestros textos.

Comentario de Frida Gorbach

Como una obsesión que no consigo soltar, vuelven siempre los archivos que he consultado o, mejor, “el archivo” que fui construyendo con los años. Pero en esta ocasión, si vuelve(n), es desde las preguntas que me abren las distintas contribuciones a este debate y sumida en el “giro archivístico” que desde hace dos décadas conmueve las certezas de la disciplina histórica. Seguramente de ese giro proviene la indecisión constante, irresoluble, y que me impide distinguir con claridad entre “los archivos” y “el Archivo”.

Por eso comienzo con una impresión, la que me dejaron esos archivos en el cuerpo, cuando de pronto, en plena pandemia, me cayeron encima todos juntos y de golpe. Y empiezo por allí porque me parece que la impresión constituye una parte esencial del archivo, aún más si consideramos que, como dice Verne Harris (2002) retomando a Derrida, no hay nada menos claro que la palabra “archivo”, y no tenemos un concepto para la palabra, sino solo una noción, una impresión asociada a la palabra (p. 67).

La impresión de la que hablo podría invocar el estremecimiento que nace de un silencio prolongado o la sensación de desolación que provoca un descampado después de una desaparición repentina. Porque si bien esos archivos, los “míos”, se sostienen, al igual que todos, en la materialidad de los restos del pasado que perduran en el presente, se dirigen hacia lo desaparecido, hacia aquello que no llegó a constituirse en archivo, lo “no archivable” (Mbembe, 2002). La impresión, por tanto, estaría hecha de un silencio particular, definido quizás en función de cierta gradualidad en las escalas posibles de la destrucción. Estoy pensando en los monstruos del Museo Nacional y en los animales disecados del Museo del Chopo que desaparecieron un buen día, dejando apenas unas trazas, una impresión. Pero si desaparecieron no fue debido a una violencia ejercida directamente por el poder de un Estado que destruye objetos y censura documentos, sino como consecuencia de actos sucesivos de descuido y abandono, o de circunstancias azarosas confabuladas con la tendencia del tiempo a degradar la materia, que muchas veces funcionan como escondite para los pequeños mecanismos burocráticos que en el fondo dependen también del trabajo general del Estado (Mbembe, 2002). Asimismo, la desaparición en este caso no encierra alguna promesa de develamiento, nada parecido al gesto que describe Jimena Rodríguez, que se repite a lo largo del siglo XVI y que consiste en enterrar un archivo a fin de proteger un legado, de resguardar una memoria: los monstruos que en algún momento del siglo XX fueron enterrados en uno de los túneles del estadio universitario, por ejemplo, llegaron allí no para que alguien, algún día, los descubra y saque a la luz, sino para desaparecerlos de tal manera que nadie los encuentre.

Por eso, aunque Trouillot tiene razón cuando dice que no todos los silencios son iguales (1995), me inquieta la diferencia, pues ¿cómo describir una impresión?, ¿cómo ponerle palabras a su cualidad particular? Además, tratándose de escritura, ¿qué decir de ese archivo compuesto por seres-especímenes-objetos insignificantes, inservibles, que en determinado momento nadie quiso guardar? Yael Navaro Yashin (2013) ofrecería una posibilidad: al observar las relaciones que los chipriotas turcos entablan con los chipriotas griegos en su ausencia, pero en presencia de sus objetos, orienta la mirada hacia lo desaparecido, lo destruido; con ese fin usa la noción benjaminiana de ruina como estrategia para escapar al canon y pensar de otro modo la relación entre sujetos y objetos. Ann Laura Stoler (2013), en cambio, prefiere la idea de “arruinación” a la de

“ruina”, ya que remite no a restos materiales, sino a procesos de destrucción de cuerpos, paisajes y psiques; y prefiere la metáfora al concepto porque ésta le permite abrir el análisis hacia nuevas direcciones, nuevas asociaciones (pos. 61).

Pero en esto de las posibilidades, me detendría en Ashis Nandy (2013) cuando se propone mirar el pasado desde lo que él llama el sentido de la pérdida, ese componente de la modernidad que, nos dice, los científicos sociales no podemos entender. Su estrategia: desencadenar un viraje disciplinario radical, uno que, agregaría, desenganche la historia de la continuidad de un tiempo cronológico y de las restricciones que impone un archivo entendido como repertorio, como lugar de resguardo de las “fuentes”. Mirar el pasado desde el sentido de la pérdida significaría, entonces, que los historiadores empecemos a hacer cosas que no solemos hacer, nosotros que, en palabras de Mario Rufer (2016), “solo sabemos trabajar con la marca, con el enunciado, y no con lo que esta marca hace fracasar” (p. 168). Es a los artistas, cineastas y literatos, argumenta Nandy (2013), a los que se les permite acceder a una subjetividad trastocadora de temporalidades, pero no a los académicos que buscamos consistencia interna (p. 161).

En este debate la subjetividad ha sido un tema recurrente. Zeb Tortorici, por ejemplo, se pregunta sobre la propia anulación de ciertas formas de subjetivación como consecuencia del acto de catalogar, clasificar, nombrar y silenciar; especialmente le interesa el rol de “lo visceral en la conformación de los archivos”. María Gabriela Lugones, por su parte, reconoce que acostumbramos a obturar una significativa parte de nuestra praxis de investigación negándonos a admitir “nuestras tareas de (co)producción de documentos y archivos”. Y Mario Rufer, retomando a Zeb, se pregunta “¿qué pasa con lo visceral en el archivero, en el registro y, sobre todo, en el/la investigadorx?”. Haría hincapié en esto último porque pienso que se trata de una cuestión difícil, incómoda incluso, ya que pocas veces sabemos dónde ponernos, qué lugar ocupar en el texto, cómo asumir nuestra mirada escudriñadora, nuestras relaciones sociales y —citando a Taussig (1995, p. 65)— “nuestra enormemente confusa comprensión de la historia y su sentido”. Además, si reconocemos que el archivo evoca aquello que no acaba de morir (De Certeau, 1993 [1975]), la presencia subjetiva se vuelve ineludible, pues, en última instancia, ¿de quién serían los fantasmas?; si los espectros no pertenecen al tiempo (Derrida, 2003, p. 14) y forzosamente tenemos que lidiar con ellos, ¿cómo distinguir los míos de los otros, de los nuestros?, ¿acaso puede alguien preciarse de haber objetivado los fantasmas del otro?

Creo que en esto se delinea una forma distinta de leer el archivo, una que mira el pasado desde el sentido de la pérdida y con la posibilidad subjetiva, que altera el tiempo con el que acostumbramos a construir nuestras prácticas históricas y antropológicas, que desestabiliza los límites entre impresión y “fuente”, que se mueve constantemente entre lo que Diana Taylor (2015) llama el archivo y el repertorio. El primero entendido como cultura impresa y material —documentos, objetos, imágenes— y el segundo como las formas en que presenciamos y participamos de la producción de saber y en la transmisión de la memoria. Creo que “lanzando líneas” (Ingold, 2018) entre memoria y archivo se puede empezar a hacer etnografía del archivo, tal como lo proponen Stoler (2009) y varios autores en este debate.

En ese entrar y salir, del archivo y de la memoria, puede asomarse también un acceso al campo poscolonial, ya no para ajustarlo a su función de marco de comprensión, como muchas veces lo usamos, sino para discernir cada vez dónde están, si es el caso, los

efectos, tangibles e intangibles, espectaculares o aparentemente insignificantes de la herencia colonial. Cruzar historias de desapariciones, de conquista, de exclusiones y de guerras, mías que son también nuestras, abre la posibilidad de comenzar a reconocer cómo nos batimos entre fantasmas de muchos tipos y cómo nuestra identidad está atravesada por la presencia fantasmal y temida del Otro (Taussig, 1995, p. 56). Quizás ese cruce de historias sea una vía para conseguir que la poscolonialidad le hable al presente.

Comentario de Zeb Tortorici

Para empezar, quisiera reflexionar sobre cómo el cuerpo archivado en sí —el cuerpo humano, animal o divino— puede funcionar simultáneamente como posesión y amenaza, secreto y peligro, como nos señala Mario en el disparador. Cuando Frida relata los detalles del incendio que terminó con la colección de teratología en el Jardín Botánico de la UNAM, me hace pensar en otros cuerpos quemados a propósito —y en los deseos textualmente enterrados y “olvidados” institucionalmente— por las autoridades coloniales en los dominios españoles en las Américas, Asia y el Caribe. Estoy pensando, por ejemplo, en las sentencias de muerte dadas a varios hombres condenados por sodomía, en los actos de quemar (y aborrecer) a los animales implicados en actos de bestialidad, y en cómo las transcripciones de juicios inquisitoriales contra padres católicos acusados de sollicitación dentro del confesionario (abuso sexual de mujeres y hombres y otros hijos e hijas espirituales dentro de la iglesia) se esconden dentro de los archivos secretos de la Inquisición.

Según Jimena, hay muchos ejemplos de cartas (de “descubrimiento”) y otros documentos enterrados como modo textual/performativo de comunicación entre los límites del mundo conocible. Se anota que el mismo dispositivo de comunicación simbólico/corporal funciona *dentro de los mismos archivos y de sus propios sistemas de archivación y clasificación*; pero, en muchos casos de sodomía y bestialidad, el hombre o el animal en cuestión frecuentemente es quemado (o muerto) para amortiguar físicamente la memoria del crimen. Jimena escribe sobre los actos que dejan “constancia de una presencia demasiado frágil, inconsistente o efímera, una presencia al límite”, y los restos (textuales/materiales) del cuerpo humano/animal en el contexto jurídico colonial son cosas tan frágiles dentro del archivo y dentro de las narraciones históricas. El corpus de juicios criminales de sodomía en la Nueva España que he reunido en *Sins against Nature* indica que, por lo menos, cincuenta y cuatro hombres (y seguramente muchos más) fueron ejecutados —muchas veces estrangulados por el garrote y quemados después— en la Nueva España por el crimen de sodomía entre los años 1530 y 1786. Esta investigación archivística demuestra que, durante estos 150 años, no era inusual que un hombre condenado por “sodomía perfecta” (que implicaba penetración anal entre hombres, usualmente con eyaculación) fuera sometido al garrote o quemado hasta morir. Pero después de analizar más de 150 casos criminales novohispanos de bestialidad entre 1563 y 1821, quedan preguntas persistentes: ¿cómo aparecen y desaparecen los humanos y los animales de los archivos históricos? ¿Cómo difieren las eliminaciones de lo humano y lo animal en el proceso archivístico (y en el mundo cotidiano)?

El caso criminal de un joven maya del siglo XVI, Pedro Na, es ilustrativo en ese sentido. El 12 de enero de 1563, en la ciudad de Mérida en la península de Yucatán, don Diego de

Quijada, el primer alcalde mayor que gobernó la provincia entre 1560 y 1565, promovió una investigación judicial en lo que resultó ser el trágico caso de Pedro Na, maya de catorce años de una aldea indígena cercana, por haber cometido el crimen de “acceso carnal” con una “gallina de la tierra” o guajolote. Los documentos hoy en día se conservan en el Archivo General de Indias en Sevilla (AGI, Justicia, leg. 248, “Processo contra P[edr]o Na sobre el pecado nefando”) y forman parte de los materiales sobre Diego de Quijada que fueron compilados, creados y mandados a Sevilla durante su juicio de residencia, iniciado por quejas contra él por vecinos y encomenderos de la provincia de Yucatán. El juicio de Na —una fuente legal involucrada en el derecho civil y teológico en las primeras décadas de la presencia española en Yucatán— nos permite entender mejor la presencia textual, casi espectral, de los animales dentro del archivo colonial y dentro de la historiografía de la Nueva España.

Por su parte, el muchacho maya, que no hablaba el español y que dejó sus propios testimonios en el idioma maya yucateco (traducidos al español para su inclusión en el expediente), confesó por completo sus actos sodomíticos con el dicho guajolote, y, a principios de febrero de 1563, la corte pronunció lo siguiente como el castigo de Na:

(...) de la carcel e prision en que este [Pedro Na] sea sacado en una bestia de albarda atados pies y manos y con boz de pregonero que maniffeste su delito e la justicia que se le manda hazer sea traydo por las calles publicas destazbdad [ciudad] y sea llebado al suelo que esta en la plaçadella y alli sea castrado y le sean cortados los genitales y en destierro perpetuo destas provincias de Yucatan.¹

Don Diego de Quijada mandó que se castrara al niño en la plaza pública, un castigo especialmente severo, exagerado y grotesco.

El cadáver de la desafortunada ave, que murió a los pocos días por el resultado del violento e invasivo acto (según la denuncia del testigo, Juan Canuc, “le salia e corria sangre del sieso”), fue “depositada” como evidencia, como era acostumbrado en los casos de bestialidad. Con ese hecho de depositar el cadáver del guajolote, su cuerpo se convirtió en una manera de evidencia jurídica, sirviendo como un tipo particular de “documento” ante los ojos de los sistemas legales de la colonia a mediados del siglo XVI en Yucatán. El 14 de febrero de 1563, después de que se rechazara una apelación por el abogado defensor de Na, las autoridades estipularon que debido a que

la gallina con que delinquyo [delinquir] y cometio el d[ic]ho pedro na el d[ic]ho delito esta muerta e se ha tenydo guardada, mandaba e mando que para executar la d[ic]ha sentencia se la cuelgen del pescueço al d[ic]ho pedro na e sea traydo con ella por las calles acostumbradas destazbdad [ciudad] e despues de executada la d[ic]ha sentencia el susod[ic]ho mando se quemase la d[ic]ha gallina en llamas bibas e fuese hecha polbos.²

Esta yuxtaposición de cuerpos humanos y animales —el cuerpo de Na junto con el cuerpo en descomposición del guajolote— tenía fines simbólicos: se pretendía agregar a la vergonzosa y grotesca naturaleza de este espectáculo ritual de castigo. El cuerpo animal —la evidencia física y la memoria encarnada del crimen— debería desaparecer, hacerla ausente, convertirla en cenizas y “hecha polbos”. Este juicio, para referirme al texto de Lugones, y la espectacularización del castigo son buenos ejemplos de “rituales judiciales convertidos en documentos en archivos”. Los rastros físicos del guajolote —su cadáver profanado, quemado en un ritual por las autoridades— servían no solo como advertencia para la población nativa, sino también como una forma de erradicar alegóricamente la memoria y borrar físicamente la evidencia tangible del “pecado nefando.”

Ciertamente, la decisión tomada por don Diego de Quijada en 1563 de quemar “la d[ic]ha gallina en llamas bibas e fuese hecha polbos” era motivada por el impulso de eliminar la memoria y la evidencia física del crimen —el cuerpo mismo del guajolote. Aunque el fin último de castigar a los delinquentes como Na y de borrar animales como el guajolote era para “para amortiguar la remembrança del hecho”; paradójicamente estos pecados contra natura fueron *archivados permanentemente* (y, más adelante y lentamente, microfilmados y digitalizados) a través de los mismos intentos por parte de las autoridades coloniales de reprimir tales iteraciones de “acceso carnal” y de los actos y deseos “contra natura”. El guajolote, en cierto sentido, representa metonímicamente el funcionamiento violentamente íntimo del colonialismo, y el archivo colonial representa cierto antropocentrismo, ya que el archivo solo existe por la necesidad humana de documentar el presente (para el futuro). Si archivar nuestro pasado (humano) es parte de algún aspecto central del ser humano, ¿eso requiere destruir los vestigios de otras especies, tanto para nuestro beneficio como para la propagación de nuestros proyectos de memoria centrados en lo humano? Nuestro corpus de casos de bestialismo ciertamente parece encajar en esta interpretación, especialmente en términos de lo físico, simbólico y eliminación mnemónica de los cuerpos animales. Los rastros animales se introducen en el archivo, al menos en parte, a través de la muerte animal.

Ya hemos visto cómo la relación entre el archivo y la muerte o, según Arlette Farge (1991) en *La atracción del archivo*, el archivo y la historia en sí “es ante todo un encuentro con la muerte” (p.12). Achille Mbembe (2020) va más allá y sugiere no solo que el archivista y el historiador conjuntamente habitan un sepulcro, sino que el mismo acto de archivar “es un tipo de sepelio, poner algo en un ataúd, si no para que descanse, sí para enterrar elementos de esa vida que no pudo ser, llana y simplemente, destruida”. Y, como dice Jimena, cualquier acto de enterrar, encubrir o archivar protege cierta información en un “gesto-límite”, en un acto último y definitivo de apropiación. Farge (1991) teoriza el archivo como

una desgarradura en el tejido de los días, el bosquejo realizado de un acontecimiento inesperado [...] Es la compilación (falsa o no, verídica o no, esa es otra cuestión) de palabras pronunciadas, cuyos autores, obligados por el acontecimiento, nunca imaginaron que un día las pronunciarían (p. 11).

El archivo tiene la potencia de cautivar, de atrapar y de seducir, y, como Mario señala, muchas veces, “lo enterrado parece funcionar como promesa”, como sospecha y como secreto. Pues, si volvemos al tema de la sollicitación en la época colonial —abuso sexual por padres católicos durante el acto de confesión—, vemos con mucha especificidad cómo documentos y archivos (específicos) se esconden dentro de otros archivos institucionales.

Uno de los casos inquisitoriales más notables (y heréticos) de abuso sacerdotal encontrado es el del fraile Esteban Rodríguez, un franciscano que fue juzgado por la Inquisición mexicana, en la primera mitad del siglo XVI, por “sollicitación a muchachos en el acto la confesión”. A pesar de que casi todos los casos de sollicitación que analizo en *Sins against Nature* provienen del AGN de México, este caso en particular es parte de los “Documentos de la Inquisición Mexicana” de la Huntington Library en San Marino, California. Esta colección, que abarca desde 1525 a 1822, está compuesta de noventa y tres juicios que una vez pertenecieron a los archivos del Santo Oficio de la Inquisición mexicana (aunque no hay información de cómo o por qué fueron tomados de esos archivos). El hecho de que se encuentran esos tantos documentos mexicanos

relacionados a la historia de la Inquisición en bibliotecas estadounidenses —como en la Benson Library en la University of Texas, Austin; en la Tulane University Latin American Library y en la Huntington Library and Special Collections en San Marino, California— implica otro gesto importante hacia las relaciones geopolíticas y pos(neo)coloniales de los archivos mexicanos coloniales dispersos por varios países.

El expediente de Rodríguez —conformado por varias acusaciones, testimonios, confesiones y peticiones ratificados— comienza en 1620 y termina en 1640 (un recordatorio importante del vasto lapso de tiempo en el que algunos casos de la Inquisición tuvieron lugar). El caso contra el padre empieza el 15 de abril de 1622, durante Cuaresma, cuando un hombre purépecha del pueblo de Uruapan, en Michoacán, Antonio Juan Apatzi (un minero viudo de unos veinte años) hizo la primera denuncia documentada contra Rodríguez. Apatzi dijo que un año antes había ido a confesar sus pecados al sacerdote, que hablaba purépecha y náhuatl, en el convento de Tlaxcalilla, donde había estado trabajando en las minas. Cuando Apatzi se puso de rodillas y confesó sus pecados, los cuales incluían “embriaguez y sensualidades”, en su purépecha nativo, el sacerdote le dio su penitencia, lo absolvió de sus pecados. Después, lo llevó a su habitación y le dijo que se pusiera de rodillas y pidió que “sacasé sus vergüenzas” para recibir una oración especial por parte del padre. Apatzi lo rehusó, pero fray Rodríguez “le entró la mano izquierda por la abertura de los calzones por donde se suele orinar, y le sacó el miembro y teniendo con ella, lo tratava y alterava frotándoselo a mano cerrada para hacerle caer en polución”. Después de esto, Rodríguez dejó ir abruptamente a Apatzi. Su denuncia contra el padre es una de varias denuncias que, después de muchos años, promovió a la Inquisición mexicana.

En agosto de 1626, fray Rodríguez fue llevado a las prisiones secretas de la Inquisición; sus pertenencias fueron confiscadas y documentadas. En su primera audiencia, Rodríguez, que era oriundo del pueblo de San Felipe en Michoacán, voluntariamente confesó que sus oraciones nada ortodoxas para hombres comenzaron catorce años atrás, en 1612, cuando un hombre le confesó haber realizado bestialidad “con todo tipo de animales”. Rodríguez les dijo a los inquisidores que, al haber leído que San Francisco hacía milagros con el cordón de su atuendo religioso, él creía que su propio cordón de hábito podría tener el mismo efecto. Absolvió al hombre de sus pecados y después tocó sus genitales tres veces con el cordón de su hábito mientras recitaba la oración de san Antonio de Padua (medida que aparentemente resultó ser efectiva, ya que posteriormente el hombre afirmó que las oraciones fueron beneficiosas: nunca más cometió bestialidad). No es necesario decir que los escandalizados inquisidores regañaron a Rodríguez, aclarando que ellos nunca habían escuchado de un manual de confesión que describiera que una persona debía mostrar sus “partes vergonzosas” para ser absuelto de pecados relacionados con el sexto mandamiento. Rogando piedad, Rodríguez reconoció arrepentido la gravedad de sus pecados. En varias audiencias con inquisidores durante el lapso de dos meses, Rodríguez “recordó” otras ocasiones en las que había pronunciado sus oraciones, incluyendo a un mestizo que confesó incesto y “actos bestiales”, y a un hombre que confesó haber tenido sexo con una mujer en una iglesia.

El 15 de julio de 1627, la Inquisición sentenció a Rodríguez a abjurar *de levi* (de ligera sospecha de herejía) y a cuatro años de reclusión en un convento. También lo exiliaron de Tlaxcalilla y San Luís Potosí por un periodo de diez años y le retiraron el privilegio de administrar la confesión. En 1630, un sacerdote del monasterio en donde Rodríguez

pasó cuatro años en reclusión solicitó que, una vez más, se le otorgara el privilegio de administrar la confesión en Zacatecas debido a su dominio de varias lenguas nativas. Una correspondencia del año 1631, incluida en su expediente y manuscrita por un sacerdote, afirma que durante muchos años Rodríguez fue un ejemplo para todos en el monasterio, demostrando sufrimiento, paciencia y humildad sin excepción. Finalmente, más de una década después, el 1 de agosto de 1640, los funcionarios de la Iglesia, basándose en la necesidad extrema de sacerdotes con dominio de lenguas indígenas, como el purépecha y el náhuatl, restituyeron a Rodríguez la licencia para administrar la confesión, extrañamente, solo a hombres.

La Inquisición mexicana archivaba el expediente del fray Rodríguez no necesariamente para castigarlo por sus crímenes (o hacer cierta permanencia institucional de su castigo), sino para protegerlo y para exculparlo de sus transgresiones —y, en definitiva, al servicio de la conquista espiritual de los indígenas en México. Todo esto sugiere una matriz de supresión, favoritismo negligente y política archivística y nos deja con una imagen estremecedora de la Iglesia Católica, valorando los servicios y reputaciones de los sacerdotes —como los del fray Rodríguez— más que el bienestar de los parroquianos (o la oportunidad de rectificar el perenne problema de abusos sexuales de parte del clero), muchas veces marginados por cuestiones de raza, clase social e idioma. Dado el gran número de acusaciones contra sacerdotes que no fueron seguidas por los inquisidores, también nos queda la impresión de que la Iglesia simplemente no se ocupaba de los sacerdotes que solo habían solicitado favores sexuales a unas pocas personas en comparación con aquellos que lo habían hecho a decenas de personas o más. Incluso en esos casos, no se garantizaba una acción por parte de la Iglesia de la Inquisición. Todo esto apunta a un impulso mucho mayor de encubrir dichos actos, enterrándolos profundamente en los archivos.

En *Mal de archivo*, Derrida (1997) hace la famosa afirmación de que uno de los impulsos detrás de la memoria es la destrucción: nuestra “vocación silenciosa de quemar el archivo y empujarnos a la amnesia”. El tratamiento que la Iglesia le daba a la sollicitación sexual es un horrible ejemplo de cómo el archivo se puede movilizar para esconder, ignorar y olvidar. Sin embargo, como nos demuestran los escándalos de la Iglesia actual que han salido a la luz parcialmente a través de investigaciones archivísticas, el archivo también es un lugar para exponer, revelar y recordar. El archivo, como nos muestra esta discusión, toma la forma de nuestra voluntad y nuestros deseos, hacia lo que María Cecilia Díaz llama la “construcción de un pasado activista en común” y hacia lo que María Gabriela Lugones identifica como la “(co)producción de documentos y archivos”, tanto en el presente como en el pasado colonial y en sus repercusiones para el futuro de la praxis de relacionarnos con el archivo y sus múltiples seducciones.

Comentario de María Cecilia Díaz

Comienzo mi segunda intervención en este debate agradeciendo la oportunidad de acceder a distintas experiencias de trabajo e investigación. Las reflexiones sobre prácticas de archivación de la historia reciente y de pasados más distantes componen un mosaico que muestra, en su variedad, las potencialidades del intercambio con otros sobre modos de crear y comunicar conocimientos. En mi interpretación, esta conversación puede ser leída como un conjunto de vivencias situadas y datadas de

oficios contruïdos con y entre archivos. Recupero tan solo algunos puntos y aprovecho la ocasi3n para ir un poco m1s all1 de mi objeto empírico.

Un primer aspecto que destaco de las intervenciones es la remisi3n a situaciones que (des)estabilizan las operaciones de archivaci3n. Esto permite poner el acento en los mundos sociales que movilizan la confecci3n de archivos institucionales y personales, tomando en cuenta las especificidades del trabajo en ciencias sociales y humanas. Aquđ parto de las consideraciones de Gorbach sobre su b1squeda de documentos nunca encontrados: ella nos desafía a observar “los peque1os juegos de poder” que tambi3n son ínsitos a los mundos de la investigaci3n, de modo que podamos poner en suspenso la imagen de una única acci3n deliberada de ocultamiento para favorecer el enfoque de procesos sociohist3ricos complejos. Tortorici nos se1ala en una direcci3n similar en su relato sobre el reconocimiento de disonancias entre el contenido de un documento y las categorías de clasificaci3n disponibles en el cat1logo de consulta. Ambos comentarios recuperan los encuentros y desencuentros que constituyen la trama de actores situados en diferentes tiempos, como tambi3n las emociones de alegría, decepci3n o tristeza que se imbrican en los oficios historiogr1fico y antropol3gico. Tal como las entiendo, estas experiencias invitan a producir abordajes te3ricos renovadores sobre la vinculaci3n entre historia y archivo.

La fragilidad y la inestabilidad tambi3n aparecen en el escrito de Rodrđguez, quien describe de manera detallada el gesto de enterrar papeles que dan testimonio de presencias en situaciones lđmite, inscribi3ndolo en una larga historia de viajeros, conquistas y desplazamientos desde y hacia el continente americano. De esos gestos tenemos, adem1s, los relatos posteriores. Asđ, la pregunta que abren, y que Rodrđguez articula, se vincula a la comunicaci3n como posibilidad. Al leer esos pasajes, me result3 inevitable pensar en iniciativas contempor1neas, sobre todo municipales, de elaboraci3n y entierro de cápsulas de tiempo. Estas albergan objetos —im1genes fotogr1ficas, peri3dicos, entre tantos otros— que dejan constancia de modos de vida y acontecimientos considerados valiosos para una comunidad determinada, con el objetivo de que puedan ser conocidos por sus futuros habitantes. Las acciones de entierro y desentierro, lejos de ser secretas o de producirse a resguardo, ocurren en actos y celebraciones que conmueven a quienes participan de ellos y cuyas repercusiones se plasman en medios de comunicaci3n. ¿Cu1les son las operaciones de selecci3n, recorte y almacenamiento en artefactos dise1ados para contener una *época*?, ¿podemos caracterizar tales pr1cticas como hacedoras del paso de las generaciones y de un sentir local? Ese gesto de enterrar y sus reverberaciones pueden servirnos para abordar procesos de construcci3n de sí que enfatizan —vuelven visible, palpable— la propia historicidad de los sujetos. Claro que la ubicaci3n en el tiempo hist3rico abarca los dispositivos de almacenamiento elegidos para albergar memorias y relatos. Asđ, en la primera d3cada del siglo XXI, algunos municipios optaron por colocar informaci3n en diskettes. ¿Ser1 posible acceder a esos materiales en el a1o 2100?

El tema de los dispositivos y la producci3n de adhesiones a historias colectivas me lleva a un segundo punto sobre el que me interesaba comentar, y que aparece de manera m1s nítida en las intervenciones de A13n y Lugones: el asunto de las formas discursivas, de lo que resulta archivable no solo por su materialidad, sino por procesos sociohist3ricos de valoraci3n —entre ellos, la puesta en valor científica de ciertos documentos que, de otra manera, se hubieran perdido. A13n coloca dichas cuestiones a la luz de reflexiones sobre las m1ltiples y dispersas adscripciones de los archivos de literatura colonial.

Reconocer la primacía y perdurabilidad del “discurso histórico, legal, notarial y testimonial” invita a buscar aquellos discursos que se resisten, pero también a analizar ambos en su mutua implicancia. La autora también llama la atención sobre los procesos que se subsumen en la noción de archivo y propone descomponer la sucesión de operaciones entre y con los materiales archivables —las “instanciaciones del archivo” en Tortorici—, de modo que podamos complejizar su transformación en documentos archivados.

En esta parte del argumento encuentro una articulación fructífera con el planteo de Lugones, quien nos insta a ir más allá y detenernos en la constitución recíproca de investigadores y archivos, incluso legales. Para ello describe su trabajo con expedientes y la creación de un corpus disponible para consulta en el horizonte de un proyecto de extensión universitaria. Las formas de lo archivable también tienen como límite y posibilidad las condiciones materiales de producción de y con documentos, y en ello es crucial el papel que desempeñan las instituciones —no solo educativas— públicas, las agendas de investigación, los recursos disponibles, las acciones administrativas. Recogiendo lo observado por Rufer en sus comentarios, ¿no será tal vez ésa la marca de los archivos latinoamericanos? Me refiero aquí a la estrecha vinculación de archivos y políticas gubernamentales, del modo en que éstas se formulan e implementan en nuestras latitudes.

Lugones también profundiza en las formas cuando describe la elaboración de registros audiovisuales de procesos judiciales en tanto acciones donde participan empleados estatales y organizaciones de derechos humanos. Esto conecta con lo dicho por Rufer acerca de la visibilidad/visibilización de la labor de movimientos sociales. Tal vez una opción ético-metodológica sea, precisamente, el acompañamiento y registro de aquellos temas que interesan a los actores, en la línea de una “antropología por demanda” propuesta por Segato (2015) y una “antropología de la resistencia” planteada por Ortner (2016). Con ello, reconozco que la forma-archivo se encuentra en la base de procesos de construcción de comunidades morales y normativas. Al decir esto último pienso sobre todo en el trabajo de Lee (2016) sobre activismo entre jóvenes en Indonesia, y en su concepción del archivo como la historia de un modo particular —juvenil, estudiantil— de comunicación.

Por último, quisiera detenerme en la figura del autor, presente en las reflexiones de Añón y Lugones. Si en los estudios literarios esas prácticas de archivo de marca autoral desestabilizan cuestiones que se creían saldadas desde la teoría, en el campo antropológico sostienen un universo de preocupaciones teóricas sobre la autoridad etnográfica. En especial me gustaría mencionar el archivo del antropólogo brasileiro Gilberto Velho, fallecido en 2012, que formará parte de los archivos personales del Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil de la Fundação Getulio Vargas (CPDOC, FGV). La conformación de ese corpus, que incluye cartas, manuscritos de publicaciones, cuadernos de notas, entre otros materiales, se encuentra mediada por el trabajo cuidadoso y dedicado de antropólogas alumnas e interlocutoras del propio Gilberto: Karina Kuschnir, quien fuera su albacea, y Sílvia Monnerat, como directora del proyecto. Las preguntas a partir de este acervo pueden desplegarse tanto sobre lo dicho en los escritos allí almacenados, como sobre las redes intelectuales, el proceso de enseñanza y aprendizaje del oficio y la configuración de problemas de investigación y propuestas teóricas en las tramas que componen esa particular trayectoria vital.

Comentario final de Mario Rufer

Después de estas rondas de trabajo me queda una doble sensación positiva. La primera añade un agradecimiento a la revista *Corpus* por esta propuesta como género: recuperar la mejor tradición de la conversación informada y del ensayo latinoamericano como *forma* para comunicar la investigación y la generación de conocimiento. Entre tantas cosas que hemos perdido con la profesionalización de nuestro quehacer y con el “formato paper”, este género es una de las que más resalto como necesaria; y que *Corpus* la proponga como sección es motivo de celebración. La segunda tiene que ver con la propia característica del archivo: su agonístico carácter de falta (que, como toda carencia, toma la forma de promesa). Ahora me parece que “nos falta” seguir pensando, jugar con la idea, hacerla estallar en propuestas académicas, artísticas, activistas y participar de ellas. En ambos casos se trata de sensaciones gratificantes.

Quisiera retomar brevemente algunos puntos vertidos generosamente por los “conversadores” del debate. El primero tiene que ver con la totalidad y su doble constitutivo, la pérdida. Frida, Valeria, Jimena y María Cecilia participan en sus reflexiones de la tensión entre totalidad y resto que informa el archivo como imagen, como evocación. Valeria me hizo notar que las formas de “medir” el archivo (en metros, en kilómetros), como una metáfora denotativa de espacialización, evocan a la totalidad como pretensión y a su tachadura como efecto de realidad: “no está *todo*”. Valeria, sagazmente, apunta a que esa voluntad configura cierto “espacio ucrónico: el archivo que habría sido posible si no hubiera existido la pérdida”. Y antes proponía: “lo que se apuesta cuando se organiza un archivo queda en evidencia cuando nos enfrentamos a la pérdida”. Es esa apuesta que signa lo que Cecilia llama “las operaciones de archivación”, la que queda desnuda ante la propia naturaleza del archivo: su incompletitud, su naturaleza de quebrada pretensión.

Quizás por todo eso, con el significante “archivo” solo conecten, como dice Frida, impresiones: no hay un *concepto* para la palabra. Siguiendo a Nandy, Frida también nos propone “mirar al pasado desde el sentido de la pérdida”. Aprendí eso investigando en los museos comunitarios de México. En un pueblo alejado de Veracruz, la cocinera del encuentro de museos comunitarios me dijo una vez: “¿Y qué tal si dejamos las figurillas un rato y hacemos un museo con lo que no tenemos, con lo que hemos sido obligados a perder?”. Ponía la clave del relato identitario no en la reliquia objetivable, sino en el duelo. Quizás sea esta una propuesta potente que permita repensar al archivo, interpelar ese fetichismo al que remite Lugones cuando refiere a la provocación de Taussig: Dios/Estado/Archivo. En las operaciones metonímicas del reemplazo asoma la totalidad como fantasmagoría.

Esa operación de sustituciones refiere a la fragilidad de los procedimientos de archivación (junto con la potencia de su voluntad), al sentido de continuidad al que se apuesta (tachado por la propia naturaleza del tiempo); y a la pertinaz ambigüedad del archivo nacido de la supresión, de la eliminación del otro y de la violencia. En definitiva, como dice tan lúcidamente Tortorici cuando menciona meticulosamente las operaciones de ese archivo moral que trabaja: se elimina, sí, pero eso que es eliminado es escrito y archivado permanentemente. Algo que también ha sido dicho y trabajado con imaginación sobre las operaciones de archivación de la policía (en Guatemala, en Chile) o de los cuerpos militares en las dictaduras latinoamericanas de la segunda mitad del

siglo XX: eliminar, esconder, enterrar; pero al mismo tiempo escribir, signar y archivar, tozudamente.

El insistente gesto remite a la operación que también Zeb Tortorici señala desde la lectura de Derrida: un doble rostro de Jano que apunta a la supresión, a la voluntad de cancelarlo todo, al mismo tiempo que no claudica en que esa energía quede registrada, aunque sea como parte del gesto mecánico, burocrático, gris, del expediente. A través de la voluntad de dominio y de la extensión de sentido, el archivo recuerda la connivencia entre escritura y soberanía; y retiene la advertencia de Jimena Rodríguez que *localiza* ese carácter: el lugar desde el que pensamos y escribimos, América, como “un continente convertido en posesión por la escritura en sus diversas formas”.

Ese carácter ínsito del archivo, ambivalente entre dominio y tesón, entre gesto del poder y resto que posibilita su resistencia (los usos del archivo siempre pueden *alterar la firma* del poder), conjura la persistencia del gesto narrativo. En definitiva, los archivos que se entierran como gesto límite para ser encontrados, como dice Jimena, para ser reivindicados aún después de la derrota o de la muerte, e incluso los archivos que retoma Frida que han sido arrumbados para no ser encontrados jamás (y que sin embargo alguna vez *fueron* encontrados aunque más no sea como ruina y por azar), remiten a lo que Michel de Certeau (2006) nos inducía a inquirir: *qué es aquello que está fuera del texto y que sin embargo, se nota en él* (p. 240). Aquello que ha sido callado, tachado o simplemente perdido y que aún desde el lugar del espectro, impide la cancelación del texto. Y exige, iterativamente, volver a contar todo.

BIBLIOGRAPHY

- Arellano, J. (2015). *Magical Realism and the History of Emotions in Latin America*. Lewisburg: Bucknell University Press.
- Cortés, H. (2010). *Segunda carta de relación y otros textos*. Buenos Aires: Corregidor.
- De Certeau, M. (1999 [1974]). *La cultura en plural*. Traducción Rogelio Paredes. Buenos Aires: Nueva Visión.
- De Certeau, M. (2006 [1975]). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (2003). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid: Trotta.
- Farge, A. (1991 [1989]) *La atracciòn del archivo*. Valencia: Alfons el magnanim.
- Foucault, M. (1992 [1970]). *El orden del discurso*. Madrid: Tusquets.
- Foucault, M. (2010 [1976]). *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI Ed.
- Harris, V. (2002). A Shaft of Darkness: Derrida in the Archive. En C. Hamilton, V. Harris, J. Taylor, M. Pickover, G. Reid y R. Saleh (Eds.), *Refiguring the Archive*, (pp. 61-82). Ciudad del Cabo: David Philip Publishers.

- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Jáuregui, C. (2020). *Espectros y conjuras. Asedios a la cuestión colonial*. Iberoamericana.
- Lee, D. (2016). *Activist Archives. Youth Culture and the Political Past in Indonesia*. Durham and London: Duke University Press.
- Lowenkron, L. y Ferreira, L. (2014). Anthropological perspectives on documents. *Ethnographic dialogues on the trail of police papers*. *Virtual Brazilian Anthropology*, 11(2), 76-112.
- Ludmer, J. (1985). Las tretas del débil. En *La sartén por el mango*. Puerto Rico: Huracán.
- Maurette, P. (2015). *El sentido olvidado*. Buenos Aires: Mardulce.
- Mbembe, A. (2002). The power of the archive and its limits. En C. Hamilton, V. Harris, J. Taylor, M. Pickover, G. Reid y R. Saleh (Eds.), *Refiguring the Archive*, (pp. 19-26). Ciudad del Cabo: David Philip Publishers.
- Nandy, A. (2013) *Regimes of Narcissism, Regimes of Despair*. New Delhi: Oxford University Press.
- Navaro-Yashin, Y. (2013). Espacios afectivos, objetos melancólicos: la ruina y la producción de conocimiento antropológico. *Bifurcaciones*, 14, 2-33.
- O’Gorman, E. (1959). *La invención de América*. México: FCE.
- Ortner, S. (2016). Dark Anthropology and its others: Theory since the eighties. *Hau: Journal of Ethnographic Theory*, 6-1, 47-73. Disponible en: <https://www.haujournal.org/index.php/hau/article/view/hau6.1.004>
- Rabasa, J. (2000). *Writing violence on the Northern Frontier*. Rabasa J. *Writing Violence on the Northern Frontier: The historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*. Durham: Duke University Press.
- Rodríguez, J. (2019). *Escribir desde el océano*. Madrid: Iberoamericana.
- Rufer, M. (2016). El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial. En F. Gorbach y M. Rufer (Coords.), *(In)Disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo y escritura*, (pp. 160-186). México: FCE - UAM
- Rufer, M. y Añón, V. (2018). Lo colonial como silencio. La conquista como tabú. Reflexiones en tiempo presente. *Tabula rasa*, 29, 107-131.
- Segato, R. L. (2015). Introducción: Colonialidad del poder y antropología por demanda. En *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*, (pp. 11-34). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Stoler, A. L. (2009). *Along the archival grain. Epistemic anxieties and colonial common sense*. Princeton: Princeton University Press.
- Stoler, A. L. (2013). Introduction. The Rot Remains: From Ruins to Ruination. En A. L. Stoler (ed), *Imperial Debris. On Ruins and Ruination*. Durham and London: Duke University Press.
- Taussig, M. (1995 [1992]). *Maleficium: el fetichismo del Estado*. En *Un gigante en convulsiones*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Taussig, M. (1995). *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Barcelona: Gedisa.
- Taylor, D. (2015). *El archivo y el repertorio. El cuerpo y la memoria cultural en las Américas*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Tortorici, Z. (2018). *Sins against nature. Sex and archives in colonial New Spain*. Durham: Duke University Press.

Trouillot, M. R. (1995). *Silencing the past. Power and the production of history*. Boston: Bacon Press.

NOTES

1. AGI Justicia, leg. 248 (rollo de microfilm #191), f. mvcxvi.

2. AGI, Justicia, leg. 248 (rollo de microfilm #191), f. mvcxix.

AUTHORS

MARIO RUFER

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Correo electrónico: mariorufer@gmail.com

VALERIA AÑÓN

Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina

Correo electrónico: valechilanga@gmail.com

MARÍA GABRIELA LUGONES

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Correo electrónico: negralugones@gmail.com

JIMENA RODRÍGUEZ

Universidad de California, Los Ángeles

Correo electrónico: jimepat@gmail.com

FRIDA GORBACH

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Correo electrónico: frida.gorbach@gmail.com

ZEB TORTORICI

New York University

Correo electrónico: zt3@nyu.edu

MARÍA CECILIA DÍAZ

Universidad Nacional de Córdoba, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina

Correo electrónico: mcecilia.diaz@gmail.com